

Vinieron a admirar entre nosotros las casas de dos pisos, que son y serán siempre modelos de casas, ya que están concebidas a la medida del habitante. Ah! encantadoras casitas de dos pisos, con su frente triangular, la moderada pendiente de su techo, la graciosa disposición de sus ventanas, la armonía de sus volúmenes arquitectónicos, que armonizan tan bien con el paisaje, con la cualidad del aire y también con la vida que se lleva en el interior: apacibles y dulces casitas, vuestra existencia está en peligro!

Los yanquis tienen muchos defectos; pero al menos tienen una cualidad no común: no se obstinan en sus errores. Apenas se dan cuenta de que los rascacielos los condenan a muerte, los derribarán de modo muy sencillo, para reemplazarlos por *cottages*. Y entonces nosotros continuaremos vejetando en nuestros caserones pseudo-americanos, hasta que éstos se caigan de puro ruinosos... ¡Nada más que por avaricia!

Felizmente, han sido construídos por gente muy poco honrada, que no se cuidó de la solidez. Luego, si se derrumbaran pronto podríamos decir que la gracia todavía nos asiste.—FRANCIS DE MIOMANDRE.

París, 1932. (Especial para *Atenea*).

LA TRAGEDIA CONYUGAL DE TOLSTOY (1)

POCAS tragedias íntimas tan intensas, tan dolorosas y tan desconocidas como la que encierra el matrimonio de Tolstoy y sus relaciones con su esposa Sofía Andreevna Bers. Aunque la bibliografía sobre el tema es numerosa y el propio Halperine-Kaminsky le ha dedicado un libro especial, el más completo y exacto de todos, toda la literatura que se ha hecho alrededor, adolece de un apasionamiento que ha enturbiado la visión de la verdad y que ha obscurecido el juicio de los escritores. Del abundante material impreso corren algunos lugares comunes que sería conveniente estudiar; que Tolstoy era un santo, que fué una víctima de su esposa, que ésta era sórdida, mezquina, avara, de un carácter atrabiliario y deleznable, que la familia constituyó para el gran escritor una cárcel de odios, intrigas y pequeñeces, etc., etc.

La tragedia continúa y aunque muertos los actores, los hijos más allá de las tumbas de sus padres siguen tomando posiciones y lanzando al mundo todas las especies de la intimi-

(1) Conferencia pronunciada por su autor en una reunión en la «Posada del Corregidor».

dad de los Tolstoy, envenenadas por sus pasiones recíprocas. Hace solamente un año publicó en París, Alejandra Tolstoy, la hija predilecta del gran escritor, un libro en que condena duramente a su madre; poco después otro hijo, Elías Tolstoy, tomó por escrito el partido de la esposa y en su libro trata de echar algunas sombras sobre el carácter de su padre. Y así siguen estos cónyuges después de muertos, sufriendo una tragedia inenarrable en sus propios descendientes.

Es un drama triste, pero que siempre tiene interés. Como un resumen de él y de lo que se ha escrito, pueden los ligeros apuntes que van a continuación tener alguna utilidad para los estudiosos de la vida del admirado escritor ruso.

I.—EL Y ELLA

El conde León Nicolaevitch Tolstoy nació en Yasnaia Poliana el 9 de Septiembre de 1828. Su familia paterna, de origen alemán, habíase establecido en Rusia a mediados del siglo XVII y por parte de su madre, que era una Volkongsky, pertenecía a la más antigua, poderosa y respetada aristocracia de la vieja Rusia. Los Volkongsky pasan por no pocas páginas de sus obras. «La guerra y la paz», «Ana Karenine», «La felicidad conyugal», muestran muchas veces algunos Volkongsky con sus nombres verdaderos o levemente disfrazados bajo otros patronímicos. La nobleza de la sangre se aliaba en los Tolstoy Volkongsky con la satisfacción y el poderío que da una fortuna sólida y cuantiosa. El joven conde era el menor de una familia de siete hermanos, y su infancia, perdidos sus padres, hubo de transcurrir entre sus tías ancianas las princesas de Osten Saken y Zerkolaskaya, dominadas éstas, lo que es interesante hacer notar, por un misticismo evangélico que hubo de impresionar mucho al niño.

No entra en los límites de esta charla una biografía del novelista. Para vosotros acaso no tendría mayor interés, pues los rasgos generales y los detalles de esa vida, vivida siempre sin ninguna intimidad y en una continua exhibición, son muy conocidos.

También conoceis su fisonomía. Acaso en el siglo pasado ningún rostro fué objeto de tantas fotografías, tantos dibujos, tantos cuadros. Los pinceles de Repin, Grave y mil más, amén de las inevitables fotografías de los periódicos y de todos los turistas que pasaron por Yasnaia Poliana con el recuerdo de la kodak, han fijado los caracteres de su rostro en todas las épocas de su vida.

Alto, corpulento, de muy joven el conde León pudo distinguirse por una sensibilidad casi enfermiza, hiperestésica y en continua tensión, alojada en un cuerpo gigantesco. En sus años juveniles en Kazan, mientras cursaba sus estudios de Derecho, sólo llamó la atención entre sus compañeros por su vigor físico, por su resistencia para los ejercicios más duros, por su vitalidad exuberante. Joven, noble, rico, nadie resistía como él, la vida disipada y libertina. Esgrimista eximio, nunca pudo ser vencido y bebedor pertinaz, conservó siempre la lucidez de sus facultades cuando todos los compañeros de orgías se encontraban en completo estado de ebriedad. Lo ha confesado en sus memorias, en la parte dedicada a su juventud, que ésta pasó en una permanente orgía disipada y violenta. Su naturaleza reclamaba una satisfacción para sus excitaciones y el joven Tolstoy no acostumbró jamás a privarse de ninguna satisfacción, de ningún deseo, de ningún arrebató.

Era feo de una fealdad llamativa que al mismo le producía pena y rabia. Los ojos rasgados y pequeños, levantados pronunciadamente, denotaban el ascendiente mongólico de la línea materna. La cara aplastada y grande, poblada de una barba mesiánica y descuidada, mostraba las arrugas prematuras de una juventud vivida al rojo blanco de todas las pasiones, transcurrida casi entera en una tendencia al libertinaje a que lo inclinaba su naturaleza sensual, poderosamente sensual. Su aspecto tosco y basto indicaban más bien que un artista, un genuino campesino ruso. La estampa férrea y gigante no señalaba ningún rasgo del espíritu, ninguna condición anímica y los ojos, esas «ventanas del alma» que ha dicho la frase bíblica, en Tolstoy, perdidos bajo las cejas pobladas, eran pequeños, hundidos, grises, de mirar profundo, implacable, sombrío. «Detrás de esta fisonomía, escribe Stefan Zweig, podía suponerse todo menos un intelectual, un poeta, un creador».

No podemos seguirle paso a paso en su juventud. Sólo para poder conocer bien los caracteres de ambos y fijar el alcance de la tragedia conyugal de este hombre, es necesario insistir en los rasgos esenciales: naturaleza sensual y excepcionalmente violenta y fuerte; sensibilidad aguda, apasionada, casi enfermiza.

El conjunto de estas condiciones hizo que la sensibilidad de Tolstoy, se manifestara desde muy temprana juventud en una sexualidad inextinguible. «Fornicador impenitente» se ha llamado a sí mismo en su «Confesión» y su despertar sexual no es sino la manifestación del más violento e irresistible tormento erótico. Pero para un espíritu de su sensibilidad, este aspecto

de la vida habíale forzosamente que producir torturas muy hondas y decepciones inolvidables. De niño, mimado y ocioso, hizo de una construcción anímica y sensual intensa, algo que él llamó «amor». Antes de conocerlo, esta sensación del «amor» llenaba su espíritu por completo y le daba una ilusión poderosa que mantenía su alma en continuos éxtasis de iluminado, cuya causa desconocía. Así las más leves contrariedades, los disgustos más pequeños, las necesarias correcciones de sus maestros, provocaban en el niño verdaderas crisis de sufrimientos. Nunca sus sentimientos orientados por esa fantasía sensual suya a que hemos aludido atrás y que él creía el amor, conocieron remansos de serenidad, períodos de aquietamiento, momentos de paz. Oscilaban entre los extremos absolutos impulsados por su misma naturaleza: no existían para él términos medios: o se le amaba, y este concepto significaba en su juventud, la entrega absoluta y con ella el delirio de todos los excesos, o se le odiaba, y entonces Tolstoy era un enemigo que solo enemigos veía en las personas que lo rodeaban. Desde niño su temperamento y su constitución física lo llevaron a estos extremos. El lo ha dicho, en sus Memorias refiriéndose a la época en que fué a Moscou por vez primera, cuando sólo tenía 8 o 9 años. «En aquellos tiempos, estaba yo, convencido de que todos, desde la abuelita hasta el cochero Felipe, me odiaban y se complacían en verme sufrir». ¡Y quién escribía así era un joven que recordaba sus años de niño».

Comprenderéis entonces que ya de joven en Kazan, con todos los halagos y satisfacciones que pueden dar a un muchacho el abolengo y la fortuna, la vida no encerrara para él sino una serie continuada de decepciones, de sufrimientos, de tristezas que le aniquilaron el alma y le impulsaron al desenfreno de todas las pasiones.

¿Imagináis como sería la iniciación de la materialidad del amor en un alma así? El lo ha contado en una página bien triste. Su juventud en Kazan le despoja de sus ilusiones, le hace ver la terrible y pequeña materialidad de sus deseos y contrapone a su ideal a ese ideal de amor para el que había vivido las horas más brillantes y hermosas de su adolescencia, una realidad innoble, pasajera. Angustiosa. Oídlo y en lo que os voy a leer, acaso nunca pudo llorarse la pérdida definitiva de un sentimiento más bello:

Tenía una larga trenza, el pecho alto. Estaba siempre triste; pero bella; sus brazos desnudos, abrazaban fogosamente. Me amaba y yo sacrifiqué toda mi vida por un solo minuto de su amor. Cuánto más la amaba más inmaterial se hacía para mí. Yo era no solo dichoso y feliz, sino también un bienventu-

rado. Me sentía bondadoso: yo no era el mismo, sino un ser de otro mundo que no conocía el mal y sólo era capaz de hacer bien. Mi amor amaba entonces todo el Universo y me bastaba el amarla.

Ese es el ideal, pero este «bienaventurado» de 16 años que «sólo era capaz de hacer el bien» llega a la realidad de su impulso y debe entonces despedirse, muy triste, de los mejores ensueños de su alma» Agrega lo siguiente, y esta es la realidad.

Cuando mis hermanos me hicieron visitar por vez primera una casa de diversión, yo al terminar, me quedé inmóvil junto al lecho de la mujer y lloré. Sí, no lamento ninguna parte muerta de mi alma, como la de mi amor. Y dudo que alguien amase tanto como yo amé, cuando aun no conocía ninguna mujer.

El resultado de este choque es la desesperación y Tolstoy se lanza a una vida libertina, ociosa, depravada, sin ningún freno.

Toda su época de Kazan, no es otra cosa. Después viaja por Europa; ingresa al Ejército y su temporada en el Cáucaso como paisano y como militar es una sola orgía violenta. Cerca de la naturaleza sin las trabas que podía imponerle la vida social de la ciudad, campesino por nacimiento y por instintos, estos tornan a su primitivismo robusto que no atenúa su salud, pero que tuvo honda influencia en su espíritu.

Odió a la sociedad en que había nacido; odió a sus parientes; odió el orden social mismo; odió sus riquezas, y el gigante espíritu fatigado en las tinieblas de su desesperación, quiso buscar un camino, una luz, un guía. Una noche durante el sitio de Sebastopol. en la mesa de juego perdió una propiedad cercana a su hacienda de Yasnaia Poliana. Su inquietud efervescente no pudo calmarse ni con las múltiples relaciones que mantenía entre los cosacos ni con Mariana, ni con Olga, ni con Lisa, ni con Petra. Después de sus paseos de cuatro y cinco horas al galope de su cabalgadura; después de sus ejercicios de artillero, de su continuo vagabundaje diario, en la noche no encontraba el reposo ni en las largas veladas de juego, ni en las orgiásticas comidas, ni en las botellas de Vodka vaciadas en forma generosa. Tremante de insatisfacción, de deseo, de rebeldías buscó en la mujer, en una mujer, en la paz del hogar, el aquietamiento de su espíritu tenso, pero no exhausto. De vuelta en Yasnaia Poliana, siempre soltero, pero en relaciones con una campesina, Aksinia Anikavovna, escribió: «La fecilidad conyugal» y allí recordaréis un magnífico despertar de primavera en un espíritu vibrante, gozoso y entusiasmado, el suyo, que lo hacía soñar con ese ideal que no tenía. Debía fundar su hogar, tener familia, apaciguar el volcán que llevaba dentro y fué al matri-

monio con un deseo infinito, con una convicción profunda, con un ansia de felicidad que aún mantenía su pobre alma escéptica, desengañada y experimentada en las torturas físicas, morales y sentimentales que su temperamento siempre le había hecho sufrir.

Tal es a grandes trazos él, en este connubio desdichado. Tan sólo unas breves palabras para referirnos a ella. Sofía Andreevna Bers había nacido el 17 de Septiembre de 1844. Hija del doctor Alejandro Bers, de prestigiosa reputación en el gran mundo, su familia mantenía antiguas y buenas relaciones con los Tolstoy. En 1856 ya hay referencias a la familia Bers en el diario de Tolstoy y respecto de las tres hijas, Isabel, Sofía y Tatiana, dice «son unas muchachas muy bondadosas y alegres».

Sofía era una muchacha reflexiva, apasionada y de un carácter marcadamente frío y positivo. Educada en la severidad de las costumbres antiguas, más severas en casas de sus padres, no tuvo trato en su infancia, niñez y juventud, sino con su familia. Educada en su hogar y a todo costo por intitutrices y maestros moscovitas y extranjeros, la adolescencia de Sofía pudo ser la corriente de toda mujer de la alta burguesía en que se llega a la juventud con una sensibilidad aguda y con un tropel de ensueños vagos y confusos. Tolstoy ya para ella, además del amigo de la casa, era él escritor célebre. Lectora incorregible, los libros de este amigo famoso «Los cosacos» especialmente, le produjeron una sensación extraña. Este hombre celeberrimo era el mismo comensal arrebatado a veces, y tranquilo otras que la entretenía en las tediosas veladas de hogar de su niñez y entonces, después de conocer su obra, el sentimiento de admiración se transformó en un respeto supersticioso que participaba mucho del temor. A pesar de todo lo que se ha escrito sobre esta mujer, a pesar de que la versión común nos la presenta como una tirana del hogar, poseída de avaricia, de sordidez, de mezquindad hasta en sus menores detalles, a pesar de que se nos ha hecho pasar a Sofía Bers como una resurrección de esa Xantipa deleznable que hizo sentir al filósofo griego un alivio en la copa de cicuta que le pasaba el verdugo, no puede dejar de reconocerse que siempre tuvo miedo a su marido. El amor en ella tenía mucho de temor. Después de casados, en su viaje de novios, su marido le pide una tarde que sirva el té; ella describe esto y dice:

Obedecí y serví el té. Estaba confundida y no podía librarme de cierto miedo. No me atrevía a tutear a León Nicolaevitch y evitaba llamarlo por su nombre.

No pudo, acaso, Sofía librarse nunca de este miedo que en ella era una de las formas de su amor exclusivista y completo.

Hemos dicho que Sofía fué educada bajo las normas más severas. Este es otro distintivo de su carácter: recto, de una rectitud sin dobleces que no admitía ningún renuncio, ninguna contradicción. Ricardo Baeza refiriéndose a este carácter ha dicho:

he ahí el enemigo!, esa terrible rectitud que no permite seguir las sinuosidades del alma y del destino ajenos. «En compañía de Tolstoy». Pág. 63.

Esta es una opinión y no es esta la ocasión de contradecirla, pero aun los más violentos detractores de Sofía, Biriukov, Kállininkov, Bulgakov, Tchekov y mil más, no se atreven a considerar la rectitud de carácter de ella como el «enemigo».

Alta, erguida, de una belleza apacible en la que destacaba sobre la tez pálida, casi mate, la lumbre serena de dos magníficos ojos pardos, los labios de Sofía Bers tenían un repliegue apretado y duro, un gesto de desdén frío y razonado que denotaba una voluntad tesonera, persistente, implacable.

Poseída de un elevado concepto del deber, su norma durante su vida fué el fiel cumplimiento de este deber como novia, como esposa, como madre y en todos sus sufrimientos, que fueron muchos, en el desgarramiento continuo que para ella fué la vida conyugal, acaso no tuvo otra satisfacción, que la tranquila conciencia del deber cumplido, del deber respecto de su marido y de los trece hijos que éste le dió.

Su avaricia, su espíritu de dominio, su sordidez merecen ponerse un poco en cuarentena. Después de casada fué en la más completa acepción de la palabra, el jefe del hogar. Tolstoy se desentendió de éste en absoluto. Su evolución moral producto de las crisis de su juventud y de su madurez, de sus horas de libertinaje y de fiebre, de serenidad y de reflexión, lo llevaron a desviar la vida hacia un concepto de «santidad» moral laica, punto menos que incompatible con las realidades de la cotidiana tragedia que es vivir.

Su pensamiento juvenil de fundar una religión cristiana, una religión sin mártires y sin apóstoles, una religión de los desamparados y de los tristes, hiciéronlo aborrecer sus condiciones personales y después de haber renegado de su medio y de su clase, renegó de sus riquezas, de su calidad de gran señor y de su posición todopoderosa de noble.

La influencia de sus años de infancia transcurrida en el ambiente de misticismo histórico de la casa de la princesa Osten-Saken pudo confirmarle en su ideal de perfeccionamiento junto a los vagabundos, a los mendigos, a los míseros. Pero preciso es recordar, que toda esta transformación de la vida de Tols-

toy se operó años después de casado, cuando existían obligaciones y deberes que cumplir, cuando los hijos reclamaban la misión paterna, cuando los intereses materiales no podían, sino en desmedro de los suyos, ser abandonados. A todo esto hizo frente su esposa y a ello nos referiremos más adelante.

Veamos ahora el matrimonio cómo se realizó, y las circunstancias dolorosas que lo acompañaron.

II.—EL MATRIMONIO

El 17 de Septiembre de 1862, día del santo de Sofía, se anunciaron los esponsales con León Tolstoy. Seis días después, el 23 de Septiembre, tiene lugar el matrimonio. El cuenta ya 34 años vividos y gastados y ella solamente 18, fríos, con algunos incoherentes ensueños y muy puros.

Los documentos que existen desde la fecha del noviazgo muestran la absoluta disparidad de caracteres de los cónyuges. Los preliminares del matrimonio que no hay tiempo aquí de reseñar, están llenos de situaciones equívocas, de posiciones falsas, de una absoluta seguridad de ella en sus sentimientos y de una duda casi sistemática en él acerca de los mismos. Situaciones familiares odiosas vienen a complicar lamentablemente el enlace. La asiduidad de Tolstoy a casa de los Bers, mientras cortejaba a su futura, se tomó primero como una intención de contraer matrimonio con Tania, hermana de Sofía. Manifestada ya la evidencia del amor de Tolstoy a ésta última, una rivalidad sorda distanció a las hermanas. Por otra parte, el joven corazón de Sofía, en su día de esponsales, tuvo un sobresalto violento al volver a ver a Jorge Polivanov, su amorcillo de los años infantiles, el inevitable cadete de casi toda adolescencia femenina. Ella estaba ya enamorada de León, pero el temor que éste le inspiraba sobrepasaba todo sentimiento, y era la tónica dominante del suyo. El escritor famoso, el noble poderoso y rico, el hombre tímido y galante que se torturaba semanas enteras atravesando las crisis interiores más violentas y contradictorias, para manifestar su sentimiento absorbente, que más que todo era el irresistible y violento deseo de poseerla, de fundar con ella su hogar, le atraía, dominada por un profundo respeto y por el natural halago de su vanidad juvenil al sentirse la preferida, la codiciada por un pretendiente tan mimado, tan buscado y que tenía tantas condiciones.

Sin embargo, el amor, el amor que es serenidad y confianza, parece no existió sinó en raras ocasiones entre ellos. El diario de él está lleno de afirmaciones contrapuestas durante su noviaz-

go: un día, 31 de Agosto siente que no la ama y apunta «no es para ti viejo, diablo», otro 3 de Septiembre «he soñado con ella», otro, 12 del mismo mes, «estoy más enamorado que nunca»; días antes la aborrece y así siguen los altibajos de su alma.

En las anotaciones de ella sólo hay la continuación de un vago ensueño juvenil, dominado por un temor, un respeto, una falta de confianza que le impedían voluntariamente pensar en el futuro. Su amor, sus convicciones y su educación la impulsaban a una entrega plena, absoluta, total y a ella fué segura de sí misma. En todo caso en ella, el sentimiento en el día de su matrimonio, era el de un sólido amor; en el de él era, una indefinible y tormentosa inquietud, de amar, un deseo de amar más que otra cosa. De todos modos no puede olvidarse la diferencia de temperamento entre ambos, y la situación distinta en que al contraer matrimonio se encontraban.

Ella en su connubio entregaba toda entera, su alma, recta, sin complicaciones, sencilla, reflexiva y serena; entregaba su cuerpo joven y puro sin inquietudes afebradas y dominado más bien por un control frío y razonado de sus actos, pero, por sobre estos distingos, entregaba todo lo que tenía y que valía más que nada, entregaba su juventud; él en cambio llegaba al matrimonio envejecido de espíritu y poseído de un temperamento sensible, violento y contradictorio que lo había hecho sufrir mucho y que lo seguiría haciendo sufrir; gastado por un completo conocimiento y desilusión de la vida; abrumado por el peso de una sexualidad enfebrecida que había pasado por todos los extravíos en sus años de libertinaje fácil.

Ella conservaba todas sus ilusiones, en una palabra, y él, que no tenía ninguna, quería hacer de este matrimonio, su postrer ensueño, su quimera última, su ideal permanente, y es necesario confesar que ambos se equivocaron.

Desde el primer día del viaje de bodas, minutos después de estar solos, la tragedia matrimonial empieza y ya no terminará hasta la muerte. Durante toda la vida en Yasnaia Poliana, en el «infierno de Yasnaia Poliana» como han dicho algunos escritores y el propio Tolstoy en una carta a Tcherkotv fechada en 1893, estos espíritus y estos cuerpos que la vida obligaba a vivir juntos, no hicieron sino distanciarse, alejarse, minuto a minuto, para desconocerse por completo.

Al partir de viaje, se produce lo inevitable y el acto más triste de la tragedia conyugal. Ella lo describe así:

Cafá una lluvia menuda. Salieron todos a la escalinata de la casa del Kremlin en donde había pasado mi vida; mi hermano Petia lloraba de tal modo que se le oía en toda la calle y se lo llevaron. Luego cuando se cerraron las por-

tezuelas del coche y nos pusimos en marcha, mamá dejó escapar un grito. Yo me acurruqué en el fondo del coche y lloré.... Aquello disgustó mucho a León.

Después ella ya no dice nada, pero sucede algo que no puede omitirse y que significa en la obscuridad del coche el derrumbe de su inocencia, de su pureza, de su ensueño ante la acometividad brutal de la incontinencia de su marido. Este se refiere a ello con algunas palabras ambiguas:

Las solemnidades de la boda, dice; ella bañada en lágrimas; y luego lo del coche. Resulta que ya lo sabe todo y de ahí proviene su temor en el que hay algo de enfermizo.

Pero no puede afirmarse que en ella haya nada de enfermizo. Si algo había era en Tolstoy que no supo respetar la juventud, la inocencia, la timidez de su esposa, con su actitud. A ella esto le produjo una profunda repugnancia y le causó el desencanto de toda su quimera de novia. Después de esta tragedia muda en que los sollozos de ella ahogaron quizás el fracaso de toda su vida, la existencia en Yasnaia Poliana fué una sola pena diariamente renovada.

III.—LA VIDA EN YASNAIA POLIANA

Yasnaia Poliana que traducido literalmente significa «Cañada brillante» era herencia de Tolstoy por la línea materna: Volkonsky. Situada a veinte versas de Tula, ciudad cercana a Moscú, la hacienda familiar era una de las más hermosas posesiones de la nobleza rusa. Allí nació el conde y allí transcurrió casi toda su vida; allí sufrió él y su esposa, allí nacieron los hijos; allí duerme él su último sueño y allí ella, custodia permanente de la gloria del amor de su esposo, quiso dormirse en esa «noche más larga que las otras» que, al decir de un poeta, es la muerte. Bajo las largas y hermosas avenidas de tilos, nacieron las concepciones de su obra gigantesca; en su cancha de tennis y en la piscina las fotografías lo sorprendieron más de una vez y si la felicidad humana pudo alguna vez albergarse, allí debió tener su asiento, pero no fué así.

Ambos han llevado diarios detallados y la vida puede seguirse fácilmente. El de él permanece callado muchos años, el de ella, sólo con algunas interrupciones. Es una tarea que da muchas enseñanzas, pero bien triste, y las anotaciones del diario de ella son especialmente sugerentes. Sólo pueden verse en ellas el divorcio completo de estos espíritus unidos por un vínculo en el que habían creído encontrar toda la felicidad. Resumiremos

los extractos de las anotaciones para llevar a vuestro convencimiento, la existencia de esta tragedia permanente.

Quince días después del matrimonio, el 8 de Octubre de 1862, anota entre otras observaciones la condesa:

Hoy día he sentido de golpe que él y yo, debemos seguir cada uno nuestro camino.

Tolstoy afirma el 30 de Septiembre, una semana después del enlace:

Hoy hemos tenido una escena. La quiero, pero ¿quién sabe si todo esto no es una falsedad?

El 9 de Octubre anota ella:

Para mi marido tiene una gran importancia la parte física del amor... para mí ninguna. Todas estas relaciones carnales me asquean, me son repugnantes.

Dos días después se pregunta:

¿para qué vivir si las cosas van tan mal para mí y para los demás. Esta idea me obsesiona.

El 23 de Noviembre del mismo año, ante la tendencia de su esposo de ir hacia el pueblo y participar de su vida, dice la esposa:

No es que León me repugne, pero yo siento que estamos unidos en dos caminos distintos, quiero decir que su pueblo no puede absorberme todo entero como a él, y yo soy incapaz de ocuparlo entero a él, como él me llena a mí. Creo que un día me suicidaré de celos.

exclama el 16 de Diciembre de 1862. Esta afirmación se la trae la lectura del diario del conde que él le ha entregado cuando era de novio para que lo conozva y cuya lectura no tiene otro resultado que aniquilar más el alma de Sofía y acrecentar el indefinible y complejo sentimiento de asco, repugnancia, desconfianza y sumisión.

Tolstoy antes de casarse ha mantenido relaciones con Aksinia Anikanovna, campesina de sus dominios y ha escrito

estoy enamorado como no lo he estado nunca.

A su esposa sólo se le ocurre pensar:

quemaría su diario y su pasado.

El año siguiente, 1863, se inicia con una apasionada profesión

de amor de ella y con una indefinible sensación de tristeza y pesadumbre. El 26 de Marzo dice:

creo que este amor es el fundamento de mi existencia.

En el diario de su marido y en el relato que hace de esta época en «La sonata a Kreutzer», sólo aparecen rasgos de felicidad prontamente desmentidos como afirmados. El 8 de Mayo, ella espera con fervor el nacimiento del primer hijo, que ocurrirá algún tiempo después. Sin embargo, se siente aislada y doliente:

Siento que le soy insoportable y lo único que deseo es salir de su vida luego y dejarlo en paz.

Algún tiempo después, el 31 de Julio afirma

estos nueve meses han sido los más terribles de mi vida.

El 7 de Octubre después de las continuas rencillas y reconciliaciones que señala el diario de él, ella dice:

nuestras vidas se separan más y más.

Veintiún días después, el 28 de Octubre:

se diría que no queda nada de nuestro amor.

Trascurre la Navidad de 1863 y no hay una anotación que indique una vida de familia más o menos regular, lo mismo que el día de primer aniversario matrimonial. En él y en ella crecen el alejamiento, la inquietud, el desasosiego.

El 3 de Noviembre de 1864, dos años después del matrimonio, ella cree que su marido le tiene «un odio silencioso». Las anotaciones que siguen continúan en el mismo tono de pesadumbre. Los años se suceden en la quietud familiar burguesa y mientras Tolstoy produce sus mejores obras, su esposa sufre minuto a minuto, su existencia, en la que el marido no repara. Del diario de él, se puede observar que su esposa le era un objeto útil para satisfacerse cuando le venía en deseo de hacerlo y abandonar después. Cinco años después del matrimonio, el 12 de Septiembre de 1867 ella puede anotar:

Es verdad, todo ha concluído. No queda más que un vacío inmenso y una frialdad manifiesta. La verdad es ésta, él no me ama y yo estoy rabiosa de quererlo con un amor tan humillante.

Reparemos un momento en que estas anotaciones son de una mu-

jer de 18 a 24; que ya la vida en el mediodía gozoso de su juventud sólo le ha mostrado sus más intensos y amargos sufrimientos morales y acaso al formular un juicio sobre ella, tengamos mucho que admirar, mucho que comprender y no poco que perdonar.

Las preocupaciones y cuidados caseros dominan a la joven esposa y así sólo hay una anotación en 1868, ninguna en 1869, una en 1870, otra en 1871. Después, la rutina de la vida se apodera del diario y el espíritu se esconde y sólo se anotan en él hechos vulgares sin importancia. En 1874 encontramos un dolor grande y hondo: la muerte de Petia, uno de los hijos. En el año siguiente hay una rebelión contra la vida del campo que empieza a aletargar el espíritu de la condesa y a embotarlo en el torbellino de las diarias preocupaciones familiares. La familia entre tanto aumenta y crece, y en este año, 1876, aparecen los primeros cuidados por el porvenir. La anotación del 23 de Septiembre de 1878, 16 años después del matrimonio, es reveladora. En ambos diarios, no hay un solo recuerdo sentimental y parece que la fecha ha sido olvidada. Se apunta lo que se ha hecho en el día y nada más. La condesa ha estudiado una lección de piano, él ha cazado una becasina.

A medida que pasan los días las preocupaciones materiales del cuidado de los suyos, del porvenir, de los asuntos de la explotación de la hacienda se van apoderando del espíritu de ella y la van alejando de él, que ya atraviesa por una crisis de misticismo cada vez más acentuado. Son frecuentes las anotaciones en ambos diarios

Hemos tenido una querrela terrible, mi mujer me es insoportable. León no me quiere, ni me ha querido nunca, etc.

El diario de ella se interrumpe a veces por dos años y más, y el 26 de Agosto de 1882 la separación es tan honda, que ya Tolstoy manifiesta deseos de abandonar a los suyos, de escapar a lo que él consideraba el yugo. Los amigos de Tolstoy irritan a la esposa; los discípulos la violentan, no los puede aceptar y son fuente continua de disgustos y sufrimientos.

Nuestra casa, se llena escribe el 18 de Junio de 1887, de mendigos y miserables y pasan a ser parte principal en nuestro hogar, yo no soy nadie.

Meses después anota

Los discípulos de mi marido o son vagabundos y ladrones o mujeres histéricas y poseídas.

El 20 de Noviembre de 1890, 46 años tiene la condesa, anota mi marido ha roto conmigo toda relación.

Ella, mientras tanto, a pesar de todas las torturas de su espíritu sigue cumpliendo su deber de esposa, de madre, de administradora de sus bienes y de su hogar. Ya Tolstoy apartado de la tierra le ha transferido a los suyos el cuidado de sus haberes, y poseído de su fervoroso sentido moral cercano a la santidad laica no hace sino sufrir entre los suyos y hacerlos sufrir también. El hogar fundado sobre espíritus tan disímiles, impulsado cada uno de los cónyuges por senderos tan distintos, tienen forzosamente que tornarse en un campo de dificultades, en un sitio hosco, amargo de rencores y desdichas. Todos los escritores que se han ocupado del tema están contestes en afirmar que la vida en Yasnaia Poliana no era fácil ni amable. De un lado Tolstoy, desprendido en absoluto de los suyos, ajeno a sus preocupaciones, violento ante sus deseos, extraño a sus sentimientos y afanes y rodeados por sus discípulos, místicos e iluminados, poseídos todos de fervorosa devoción al maestro y partidarios incondicionales en la lucha trabada con los suyos; del otro lado la familia a cuya cabeza estaba la esposa recta y austera, que ha visto en el rodar de los años desde el día de su boda el aniquilamiento paulatino de todas las ilusiones; que a los diez y ocho años ha tenido que decirle adiós a sus mejores ensueños y que para soportar su misión y cumplirla ha tomado su cruz con decisión y con energía. Mientras Tolstoy toca los límites de la santidad, la esposa tiene que humanizarse más y más y atender a todos los quehaceres y trabajos. El cuidado de las ediciones de él, la atención de la explotación de sus posesiones, el cumplimiento de los compromisos contraídos, la vigilancia sobre el porvenir de los hijos, todo en fin, lo que tiene relación con la vida material de una familia numerosa, está a cargo de esta mujer infatigable. Es claro que dada la diferencia de caracteres, la distancia entre ambos cónyuges va acentuándose de día en día. Tolstoy sufre y se martiriza entre los suyos, pero también hace sufrir. Su evolución religiosa y moral le ha transformado totalmente el espíritu de tal suerte que se encuentra en perpetua pugna con la vida que los suyos le obligan a hacer. Esa es su tragedia. El ha predicado el desdén a todos los bienes terrenos y es un rico propietario; ha soñado con un estado ideal en que sólo imperará la ley fraterna del amor entre todos los humanos y es el centro de odios e intrigas mezquinas; ante el mundo su vida y su obra, cada nueva obra que lanza, aparecen en una contradicción flagrante y por esto no cesa de sufrir.

Así como en el diario de la esposa la idea del suicidio se lee a menudo, especialmente en los primeros ocho años del matrimonio, así el ansia de Tolstoy de irse, de abandonar a los suyos, se fortifica cada año. En 1884 parte de su casa, por vez primera, pero a poco camino lo alcanzan para avisarle que su esposa se encuentra enferma de gravedad. La anunciación del parto del que iría a nacer su hija Alejandra, la predilecta más tarde, ha sorprendido al padre en trance de fuga. La vida es más fuerte que él y se queda. Después en 1897, quiere irse y alcanza a escribir una carta inmortal en que le anuncia su propósito de marcharse para «vivir en la soledad y en el reposo y hacer concordar así mi vida con mi fe».

De toda esta tragedia que el curso de los años no hace sino ahondar, ha quedado el testimonio penoso de las anotaciones en el diario de la condesa. Ella, a pesar de todo, copia, fiel guardiana de la gloria de su marido, todas sus obras y día a día el esposo le encarga sacar en limpio las anotaciones del diario de él. Transcribiendo una de éstas, se encuentra el 14 de Diciembre de 1890 con la siguiente anotación de su esposo:

El amor no existe. Hay la necesidad sexual de unirse a otro ser y la necesidad razonable de tener una compañera de vida.

Agrega la esposa :

Si yo hubiese leído esto hace veintinueve años, no sería hoy la mujer de León Nicolaevitch.

Poco antes él ha publicado «La Sonata a Kreutzer», esa maravillosa novela que todos conocéis y que es acaso una de las requisitorias más violentas contra el matrimonio y el estado que representa. La esposa, injuriada y despreciada, espera un hijo, y el nacimiento de ese niño, ella lo afirma es

la única respuesta a «La Sonata a Kreutzer» que puedo dar al mundo.

Una de las últimas anotaciones del diario de ella, en nuestro poder, lleva fecha 2 de Noviembre de 1897 y tiene el mismo tono pesimista, triste y amargo de las anteriormente transcritas.

El hecho innegable es que una vez más yo he sentido en él ese hielo que me ha hecho estremecer tantas veces, y que en el fondo no es más que una absoluta indiferencia hacia mí y los niños.

Tal era la convicción de la esposa y el diario transcurso de su vida así lo confirmaba. En cambio él sufría la intensidad de su tragedia mística con un dolor silencioso y devorante. Hay foto-

grafías de los últimos años de él, 1908, 1909 y 1910, que son la imagen misma de la desesperación. Su carácter violento, su naturaleza robusta, su inquietud permanente, no han amenguado con los años y el viejo conde lleva su martirio interior con energía sobrehumana.

Un día ya no puede más. El 28 de Octubre de 1910, tiene 82 años, despierta a media noche y ve según propia confesión, a su esposa que registra sus papeles en la pieza vecina. Esto lo desespera y decide irse en ese mismo instante. Llama a su médico y a su hija Alejandra, la regalona, a quien había de encargarse sus disposiciones testamentarias y que naciera cuando él abandonara la casa por vez primera, y se va. ¡Es una huída, una fuga de los suyos, de sí mismo, de todos, de la vida quizás!

Sólo lo acompaña su médico. Los demás detalles son conocidos. Va a visitar a otra hija, Tatiana al monasterio de Scharnardiera donde vivía, y después de tres días parte con la idea fija de abandonar Rusia. En el camino es reconocido por los familiares, por los periodistas, por los enviados de la esposa que después de su fuga, poseída e histérica, ha intentado suicidarse dos veces. Enfermo de gravedad, lo desembarcan en la pequeña estación de Astapovo, donde llegó anhelante la esposa. No pudo, porque no se le permitió, verlo y sólo obtuvo autorización para acercarse a él, cuando perdido el conocimiento ya iba a morir. Quizás si el moribundo alcanzó a reconocer a la esposa de la que huía y que le susurraba al oído el final de un romance de amor tan triste. Era el 20 de Noviembre de 1910. Ella lo sobrevivió en Yasnaia Poliana hasta el 22 de Octubre de 1919.

IV.—LA HISTORIA Y ELLA

Tales son los hechos, pero antes de terminar debemos decir dos palabras acerca de la figura de ella. La historia la ha juzgado mal. La gloria de su marido y el fervor de los admiradores de éste, ha hecho de Sofía Bers una mujer despiadada y atrabiliaria, parlanchina y vanidosa, carcelera irreductible del espíritu superior de Tolstoy. Sería conveniente empezar a rectificar ese juicio y junto con reconocer el genio indiscutible de Tolstoy, acercarnos sin ánimo de juzgar a esta mujer que por serlo, fué durante su vida la más fiel depositaria del aporte de dolor humano con que el destino la señaló, y pensar que trucas sus ilusiones y quebradas sus esperanzas no tuvo en su vida otro guía que el cumplimiento de su deber y que supo cumplirlo hasta el fin.

Ante el torrente de juicios adversos que ha merecido siempre

la actitud de la condesa Tolstoy, vale recordar que en el día de su matrimonio que debió ser el más feliz de su vida, el destino le señaló una de las pruebas más duras y su corazón, entonces inocente, tuvo que ahogar en sollozos la ruina de todas sus idealidades y sus quimeras.

Después de ese día hasta su muerte sólo se atuvo a su deber y quizás si cumpliéndolo, por encima del juicio de sus contemporáneos y de la posteridad, con la noble satisfacción que puede otorgar una jornada bien hecha, ella encontró su mejor recompensa o la posibilidad tal vez de otra recompensa, porque pudo pensar en sus postreros años, como el poeta, que no todo ha de terminar cuando la farsa acaba.—ABEL VALDÉS A.

X-1932.

ENSAYO SOBRE EL MATERIALISMO HISTORICO

SEGUN la teoría que voy a exponer, es la vida económica, la organización y la actividad de los grupos llamados a producir y a repartir los medios de existencia, la que determina y forma la vida histórica en su conjunto; la política interior lo mismo que la política exterior, la religión lo mismo que el arte, el derecho lo mismo que la técnica. Casi no se trata aquí de saber en qué medida este principio es válido cuando se le confronta con los hechos de la historia, y hasta qué punto es posible ordenar en el tiempo y de una manera objetiva los acontecimientos y los estados de las cosas, de manera a reducir sus causas a condiciones de producción. No se trata, aquí, sino de analizar la estructura de esta doctrina del punto de vista de la teoría del conocimiento y de precisar el carácter de las hipótesis que han contruído a formarla, según el lugar que ellas ocupan en el orden de los diferentes medios que el entendimiento suministra para conocer la realidad.

Lo que el materialismo histórico parece ofrecer primeramente, es una explicación psicológica de los acontecimientos históricos, según un solo y mismo principio. Y si Marx afirma expresamente que el hambre en sí no constituye la historia, esto no niega que las condiciones de producción y de cambio no podrían bastar a hacerle, si el hambre, por el hecho de que hace sufrir, no estuviera allí como fuerza de impulsión. Es por esto que la designación de materialismo se presta a erro-